
RUINAS DE TLALMANALCO.

Tlalmanalco, pueblo cabecera de Municipalidad, del partido de Chalco, en el Estado de México, está situado á la falda de la Sierra Nevada, á dos leguas al E. de Chalco; antiguamente era cabecera de alcaldía mayor, y contaba un buen convento de religiosos franciscanos y un hospital de bethlemitas, fundado por el Lic. D. Miguel del Moral. El temperamento es frío, el terreno feraz, el aspecto hermoso; los habitantes se ocupan en la agricultura.

De las ruinas que dan motivo á este artículo, no he encontrado noticia alguna, no obstante haberme dirigido á personas inteligentes. Importantes como lo son, su memoria se ha perdido; eran tal vez conocidas de algunos curiosos, pero en manera alguna del público. Quien primero llamó la atención acerca de ellas, fué el distinguido joven Mr. Julio Laverriere, miembro de una de las comisiones encargadas de explorar el Valle de México: en su muy importante trabajo acerca del Popocatepetl, se encuentran los párrafos siguientes:

“A legua y media de Chalco se presenta una costa que pasa cerca de la hermosa fábrica de Miraflores, establecimiento de hilados de algodón, perteneciente á los Sres. Martínez del Río, en cuya consolidación se han empleado grandes caudales, inteligencia y perseverancia, y que ocupa varios centenares de operarios indígenas, entre quienes hay muchos que han adquirido mucha habilidad. A mayor elevación, y semejante á una ciudad fortificada, se ve Tlalmanalco con su iglesia moderna muy insignificante y flanqueada por ruinas muy notables. Estas son los

restos de un convento de franciscanos, cuya construcción principió poco después de la conquista. Por razones que no he podido averiguar, este monumento no se elevó más que al alto de los primeros arcos, y así se quedó, lo cual es de deplorarse por el arte arquitectónico, pues puede juzgarse de lo que hubiera sido el monumento, por lo poco que de él se ve.”

“Figúrese unos tres arcos de bóveda de cosa de ocho metros de altura, separados uno de otro por macizos cubiertos de multitud de arabescos, de figurines y de follaje en relieve. La cante-ría, de un hermoso color obscuro, parece haber sido amoldada en moldes hechos á voluntad, y retocada después con cincel, según la mucha limpieza que se advierte en los contornos, sin que se note ningún recargo del mal gusto. Los adornos están distribuidos con aquella ciencia particular propia del renacimiento, que no sacrificaba las líneas mayores á favor de los pormenores, y que no obstante daba, por decirlo así, un valor especial á cada piedra. Los arcos no tienen esa forma aplastada, ni esas proporciones desagraciadas que á menudo se notan en los pórticos de los conventos en México. Hállanse de una figura larga, y rodeados de los colores salientes de una elegante cinceladura.”

“Lamento el no poder dar una descripción más exacta de esta muestra preciosa de arquitectura americana. Mi deseo hubiera sido poder sacar un dibujo de ella; pero entre nosotros ninguno se halló capaz de reproducir correctamente unas bellezas tan grandes, representando la fantasía morisca, grabada en las majestuosas proporciones del arte del renacimiento. Si lo poco que digo de esto, invitare á los artistas á visitarlo, mi objeto se habrá llenado. Por lo que hace al templo, no es más que un montón de piedras embadurnado de amarillo, que al lado de aquellas ruinas tan brillantes, no obstante las injurias de los siglos, hacía una figura muy lastimosa con el color rechinante del blanqueado de cal, que nos deslumbraba con su reflejo, de tal manera, que nos quitó el deseo de visitarla.”

Antes de pasar adelante se hace preciso advertir que el original de la relación del Sr. Laverriere está escrito en francés, una

traducción de la cual, que no me parece muy cuidada, se publicó en el Boletín de Geografía y Estadística, de donde he copiado los párrafos antecedentes. Continuemos.

Por desgracia, lo que acaba de leerse es lo único que encuentro acerca de las ruinas, habiendo registrado en balde los libros que pudieran contener algunas noticias relativas; por otra parte, yo no he tenido oportunidad de visitar á Tlalmanalco, no conozco de vista inmediata el monumento, y lo que diga está únicamente fundado en los informes que el Sr. Laverriere tuvo la bondad de proporcionarme.

Lo que existe de las ruinas no suministra suficiente luz para juzgar del objeto que iba á tener el edificio; podría apropiarse á un templo; pudiera también pertenecer á un patio, como el que se encuentra siempre en los claustros de los religiosos: esto segundo parece lo más verosímil, atendida la portada que al frente se presenta. Si se considera con atención, se descubre de luego á luego que el edificio no pasó de la altura que ahora presenta; lo prueba, que en toda su extensión el muro sigue en una misma línea horizontal; que hay colocadas el mismo número de hiladas de sillares, y que las caras superiores de las piedras no llevan señal alguna de la argamasa, ni rastro de haber perdido su labor: si el tiempo ú otra causa hubiera derribado la construcción, indicios quedarían, y la línea superior no guardaría su regularidad.

Lo verdaderamente exquisito de esta muestra arquitectónica, es el estilo. Los haces de columnillas, la disposición de las labores, traen una reminiscencia del arte morisco, y no sé qué del gótico; el pensamiento de necesidad era español, y venía acompañado de los recuerdos de la Alhambra de Granada y de la catedral de Burgos. La parte ornamental lleva el carácter del gusto mexicano, rico, complicado, caprichoso, fantástico, medio simbólico. El arquitecto, pues, venía del antiguo mundo; del nuevo eran los obreros que ejecutaban, y la obra sacaba el sello de la mezcla de ambas civilizaciones. Unica muestra de su

especie, pues nada se le parece de lo que aún subsiste del siglo XVI entre nosotros.

Los templos construídos en esa época tienen el doble aspecto de casas de oración y de fortalezas. Paredes fuertes reforzadas por gruesos estribos, sobre la bóveda un parapeto con almenas para servir á los ballesteros y garitones con tronera para los arcabuceros; la torre completamente separada como en Tlaxcala, ó en un ángulo como en Tepeaca, en Tula y otros, con la entrada interior haciendo oficio de caballero alto; el atrio delante con parapeto, almenas y aun fortines encubiertos, bajo el título de capillas; en el interior, los muros desnudos, severo el aspecto de la construcción. En los claustros que junto á los templos se ponían, los arcos son pequeños, los tránsitos angostos y sombríos, las piezas chicas; pero todo fuerte y macizo, sin adornos de ninguna clase: parecían parte de un castillo habitado, como era verdad, por ascéticos castellanos. Nada de esto se mira en los restos de Tlalmanalco; en ellos hay gusto, elegancia, valentía; el arquitecto no tenía las aprehensiones de un levantamiento de los naturales, y en amor del arte dejaba libre su ingenio para producir una obra primorosa.

Si el cariño por las cosas de mi país no me ciega, creo que nuestros artistas deberían estudiar estas ruinas. Es un error, es un grave error decir que la antigua civilización azteca no ha dejado para nuestros días cosa notable, digna de la atención de la ciencia. Consúltense los dibujos que poseemos de las ruinas esparcidas en Yucatán, de las de Palenque, de Mitla, de los otros monumentos mexicanos, y dígase con imparcialidad si no son obras sorprendentes: chocan al ignorante las fantásticas figuras simbólicas, y desdeña lo demás, sin tener en cuenta la novedad y la hermosura que en el resto de la ornamentación se encuentra. A nuestra Academia Nacional de San Carlos toca la tarea de hacer este estudio. Así tal vez obtendremos, en arquitectura, un estilo nuevo, hermoso, que podamos decir pertenece á México.

MANUEL OROZCO Y BERRA.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Apdo. 1625 MONTERREY, MEXICO

LAS RUINAS DE LA QUEMADA.

Comisión científica de México.—San Luis Potosí, Junio 22 de 1866.—Señor y querido coronel: El particular interés que vd. manifiesta porque sean reconocidas las ruinas llamadas de la *Quemada*, cercanas á Zacatecas, me ha hecho emprender á ellas una corta excursión á fines del mes anterior, como dije á vd. en mi última carta.

En esta voy á dar á vd. cuenta de las impresiones, tal vez algo superficiales, que en aquel sitio recibí durante una visita de pocos días.

El día 24 de Mayo salí de Zacatecas, siguiendo un camino que separándose á poco de las alturas y de las ondulaciones que forman la masa metalífera de aquel rico mineral, atraviesa un valle extenso situado al Oeste, y que corre en dirección N. al S. Este valle se comunica por el Norte con las llanuras salinas de las inmediaciones del Fresnillo, con el valle de Río Grande, y con aquel valle prolongado, límite de las mesas, que sigue los contrafuertes de la Sierra en su dirección N. O., y en la que se encuentran huellas diversas de las antiguas inmigraciones, como en Chalchihuites y Chapoltepec.

Así, pues, seguía yo el mismo itinerario recorrido por las antiguas tribus al dirigirse hacia el Sur; el valle no tenía ningún atractivo para fundar en él un establecimiento fijo, porque es en